

EL NUEVO COMPAÑERO DE JUEGOS

Por **GARNET MANRING**

ROLANDO y Enrique tenían un carro rojo, nuevecito. Esa mañana jugaron todo el tiempo afuera, con el carro. Primero Enrique llevaba a Rolando, y luego éste a Enrique. A veces los dos apoyaban una rodilla en el carro y con el otro pie lo empujaban a lo largo de la acera. En el patio de adelante había una bajada y uno al otro se llevaban en el carro, empujándolo por el declive. Se estaban divirtiendo en grande. La mañana se les pasó volando y muy pronto llegó la hora de comer.



-Esta tarde van a tener un huésped -les anunció la madre cuando entraron a comer-. Tía Etna va a traer un muchacho vecino suyo para que juegue con Uds.

-¡Qué bueno! Nos vamos a divertir con otro más para jugar con el carro nuevo -dijo Enrique. Y Rolando también se alegró.

Pronto terminaron de almorzar, lavaron los platos y los guardaron. Luego los muchachos salieron para jugar con su carro, pero decidieron volver a la casa para esperar su visita. Al entrar en la cocina vieron que en ese momento llegaba la tía Etna. Notaron que se bajaba del carro y daba la vuelta al otro lado para abrirle la puerta al muchachito que había venido sentado a su lado.

"Ese muchachito no es muy cortés -pensó Rolando-. Papá y mamá siempre nos dicen que a nosotros nos toca abrir las puertas para las damas".

Entonces ocurrió algo raro. El muchachito se deslizó fuera de su asiento, se arrojó al suelo y comenzó a gatear hacia el carro rojo.

-Ven adentro a saludar a Rolando y a Enrique, y a su mamá antes de ir a jugar, Teodoro -le dijo la tía Etna ayudándolo a subir los escalones.

Rolando y Enrique comenzaron a reírse.

-¿Por qué no se pone de pie y camina? -le preguntaron a la madre mientras lo observaban.

-Parece un nenito -dijo Enrique.

-Vengan a ayudarme a preparar limonada -les pidió la mamá-. Tráiganme los vasos.

Mientras los muchachos le ayudaban a preparar la limonada, la mamá les contó brevemente la historia de Teodoro.

-Cuando Teodoro nació, la parte inferior de su cuerpo estaba paralizada. Los médicos le dijeron a la mamá que era un parapléjico. Nunca podría llegar a caminar como Uds. lo hacen, correr o jugar a la pelota, ni hacer ninguna de las cosas que tanto les gusta hacer a los muchachos sanos. Ni siquiera podría llegar a hablar como un niño normal. Pero, no obstante, es un muchachito alegre, y le va a gustar andar en el carro nuevo si Uds. lo llevan.

-Ven, Enrique -dijo Rolando-. Ayudemos a Teodoro a bajar los escalones y a subir al carro y vamos a dar un paseo.

Mientras la mamá y la tía Etna conversaban, escuchaban la risa feliz de los tres muchachos.

Cuando llegó el momento de despedirse, Rolando dijo:

-Ven otra vez, Teodoro. Nos hemos divertido mucho jugando contigo.

-Sí, ven -repitió Enrique.

-Muchachos -dijo la madre rodeándolos con sus brazos-, me alegro porque se portaron tan bien con Teodoro. Y estoy segura de que Jesús también se alegra por eso.

-Estoy contento -dijo Enrique-. Yo pensé que era gracioso ver a un muchacho grande gateando como un bebé, pero cuando supe que era parálítico, quise ayudarlo. Realmente nos divertimos mucho con Teodoro. Es tan fácil hacerlo feliz.

Los niños se sintieron muy agradecidos a Dios porque les había salvado la vida, y cada uno de ellos dedicó su vida al servicio misionero.